

México y otros infiernos

◆
MALCOLM LOWRY

Malcolm Lowry nació en Cheshire, Inglaterra, el 28 de julio de 1909, hijo de un magnate algodonero y nieto, en línea materna, de un capitán marino noruego. Ganó sus primeras glorias como deportista juvenil, llegando a detentar algún campeonato de golf. A los diecisiete años, sintiendo que su alma se enmohecía, quiso "llevarla al mar a restregar" y se hizo grumete en la marina mercante. De esa experiencia salió alcohólico y escritor; esto es, hecho el hombre que iba a ser. En uno de sus poemas se compara con el Redburn de Melville, otro que aprendió del mar los abismos del alma humana y el "negro aborrecimiento" que sólo el vicio hace soportable y sólo el arte transmuta en lucidez.

Lowry estudió todavía en Cambridge, como había prometido a su padre, y se graduó con honores. Su tesis fue el diario que llevara en alta mar, de donde surgiría también su novela Ultramarina (1933). Poco después de publicar este primer libro, Lowry inicia el peregrinaje que será su vida adulta. España, Francia, Nueva York, Hollywood, México, Canadá, son otras tantas estaciones en ese "viaje que nunca termina" que Lowry quiso plasmar en un vasto ciclo narrativo de trazo dantesco: infierno, purgatorio, paraíso. Se ha dicho que, como la mayoría de los lectores de la Comedia, nunca pasó del infierno, y la observación no carece de justicia. Su obra, o lo que de ella alcanzó a realizar, comprende claros cantos de purgación e incluso aproximaciones al éxtasis; pero si hay tal cosa como un escritor de un solo libro, ése es él y el libro, desde luego, Bajo el volcán (1947), memorable visión infernal configurada con arte impecable y con doliente amor en el mundo mexicano.

No hay, en este libro de extranjero, el observador que conserva su distancia, sino el ser alucinado inmerso en la vivencia del paisaje, de la gente; en la extrañeza de irse reconociendo allí, en la barbarie, como Cristo a la hora de la verdad. Peregrino en la tierra, girando siempre en el círculo vicioso del alcohol, Lowry contempla, en el espejo de su propia destrucción, la condena de un mundo destruido por sus hijos; el infierno interior encuentra su correlato objetivo y "nace una terrible belleza": una poesía despiadada y amorosa que acepta la atrocidad de la existencia y en esa aceptación descubre su esperanza sin esperanza, su alegría.

Diez años sobrevivió Lowry al "desastre del éxito" que su obra maestra le trajo. Todo el tiempo siguió trabajando, cada vez más dueño de sus recursos, cada vez más minucioso y exigente. En su último año de vida, ya de nuevo en Inglaterra, rescribe Ultramarina. El 27 de junio de 1957 muere ahogado en el sueño, dejando por fruto de sus vigiliat una selva de manuscritos que ediciones póstumas van desbrozando: Escúchanos, Señor, desde el Cielo donde moras, Oscuro como la tumba donde yace mi amigo, Ghostkeeper, Lunar Caustic, October Ferry to Gabriola...

Al margen de su proyecto narrativo, Lowry fue escribiendo un libro de poemas que tampoco llegó a terminar: El faro invita a la tormenta. Una cuarta parte del material integra los Selected Poems (1962) compilados por Earle Birney, que en su introducción destaca el valor testimonial de los versos lowrianos: allí, dice, es donde el autor muestra sin artificio su "rostro desnudo y sentenciado". Alguna apreciación de este tipo parecería necesaria para encarar a Lowry como poeta lírico y disculpar, justamente, su falta de artificio, o más bien su impericia al manejarlo. Gran poeta de la prosa, anda a tientas en el verso: acumula imágenes, sobrecarga ideas, noveliza, desentona. La complejidad es la misma de la prosa; se echa de menos la nitidez y, a veces, la consecuencia. En otras palabras, y para dar un viso más alegre al rostro sentenciado, cuando Lowry se suelta a cantar vemos al creador a la altura de su humanidad,

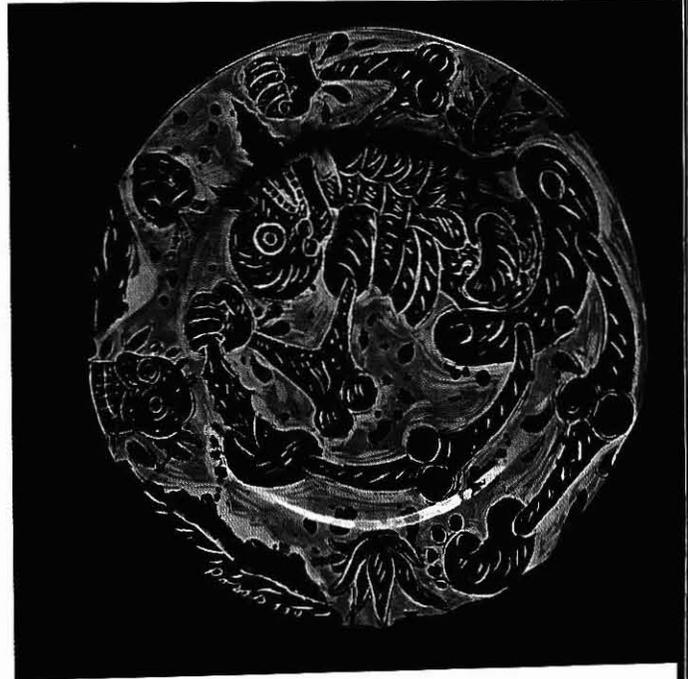
"perfectamente borracho". Una poesía de esta índole puede traducirse al pie de la letra, como documento no del todo inteligible, o puede tomarse como punto de partida hacia un texto más propiamente poemático. Ambas cosas se han hecho; las presentes versiones proponen una tercera vía. He tratado de seguir en buen castellano la corriente de la conciencia del poeta, el hilo de su embriaguez, la sintaxis de su espíritu tortuoso y entrañable, que a fuerza de obsesión se adentra en mares ignotos y algo, al cabo, saca en claro.

JUAN TOVAR

El plagiaro

(fragmento)

...Mira la herida que la piedra volcada dejó
en la tierra! Doblemente trágica es la forma hueca—
Es un milagro que pueda yo usar palabras
como forma. Pero la analogía ha escapado.
Reptando hacia la tumba sobre manos y tendones
encontré en el camino ciertos panfletos.
Dije que eran míos. Pues explicaban un peregrinaje
que de otro modo era tan absurdo como el día
pero dos veces más difícil de racionalizar...



Rubén Rosas, *Bajo el volcán*, 2000, plato de cerámica, 30.5 cm (diámetro)

Joseph Conrad

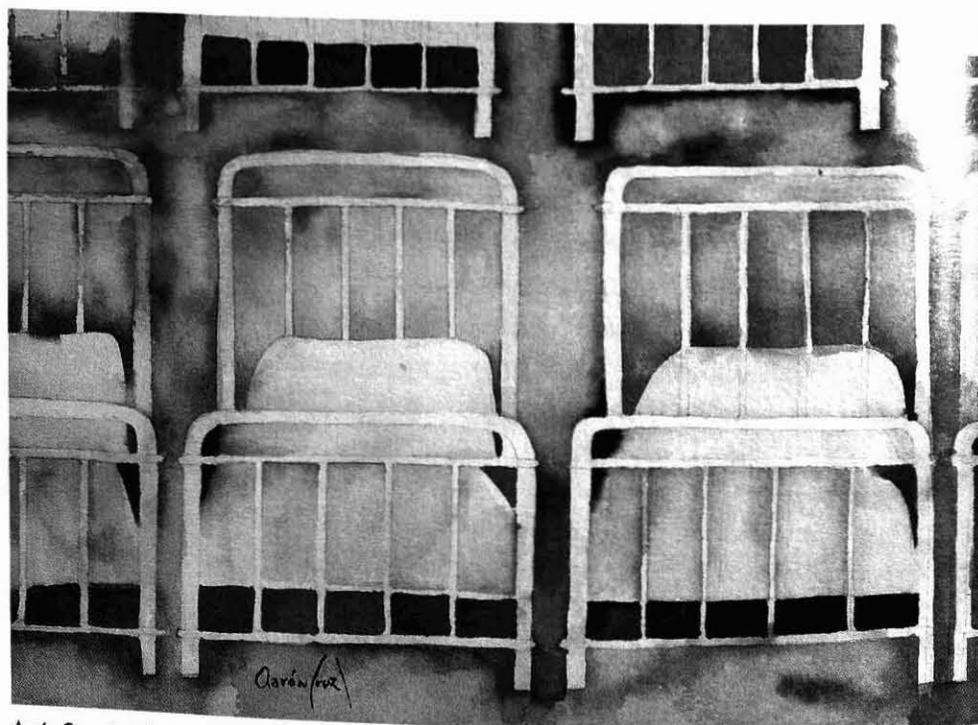
Este forcejeo, como de marinos con la tormenta
que vuela a sotavento —mientras ellos, unidos
en el caos, vuelven, cada uno en su litera
nochecida, a soñar en el caos, o el hogar—
el poeta mismo, luchando con la forma
de su obra enroscada, lo conoce; pues ha pagado
con propósito fatiga de océano, puesto en marcha
las grúas del alma que calan en su recinto.
Y todavía un fermento marinero en la sangre
—así quiera el corazón vagabundo oír el hierro
y el canto de los barcos que toman rumbo al este—
lo sostiene porque venza o sea vencido.
Toda la noche, durmiendo, batalla con una vela;
pero más allá de la vida de los barcos, las palabras sueñan.

Venus

Y, cuando te vayas —semejante a un meteoro
o a este carro de vaivén incandescente
que, como el amor perdido, deja estela de relámpagos,
(y yo, un álamo con su Cristo en mente,
cuya madera recuerda que otrora hizo una cruz
y tiembla desde entonces en el viento, o sin viento)
pero más como Venus, con nuestro negro deseo
que ahora me ciega, una encornada curva tu luz
al principio; luego, girando, un llameante disco blanco:
no la distancia, sino tu fase, retira la máscara
hasta quemar el resplandor de las estrellas—,
ruega entonces en tu más brillante hora solitaria
que, reunidos, podamos aprender por siempre
a interponer el sol entre nosotros y el amor.

La búsqueda

En Dante no, en Shakespeare no,
tampoco en ninguna biblioteca.
Y en Su libro apenas te atreves
a esperar que hallarás tu agonía.



Aarón Cruz, sin título, 2000, acuarela/papel, 18 x 26 cm

Pensamientos a borrar de mi destino

Lee y lee, este futuro poeta,
quizás en esta misma antología—

revisada, claro está, dentro de diez años,
tiempo suficiente para que el poeta crezca—

Lee y lee, pero no entiende,
tangencial hasta en su propia tierra;

lee más bien como escribiendo entre las líneas
cuyo sentido y furor escasamente adivina.

Al daimón acumulado de los otros
opone sus fuerzas: fogoneros a marinos.

Lee pero nada entiende,

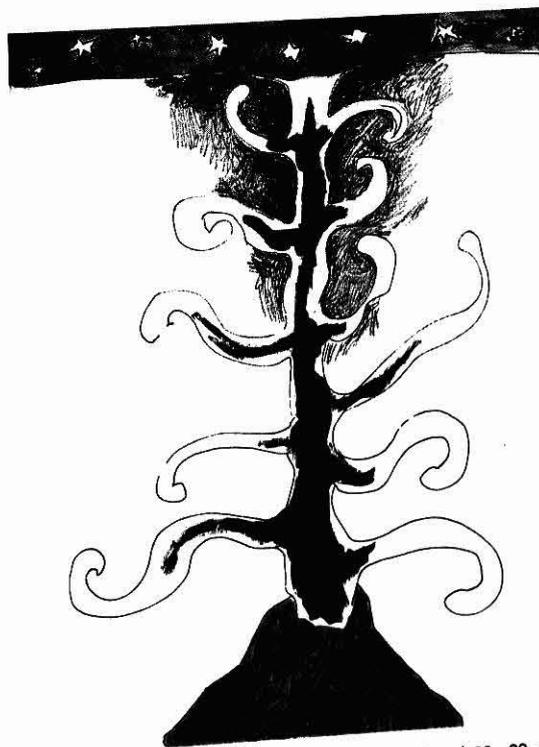
excepto, en algún fragmento de biografía,
la frase: "Murió por su propia mano".



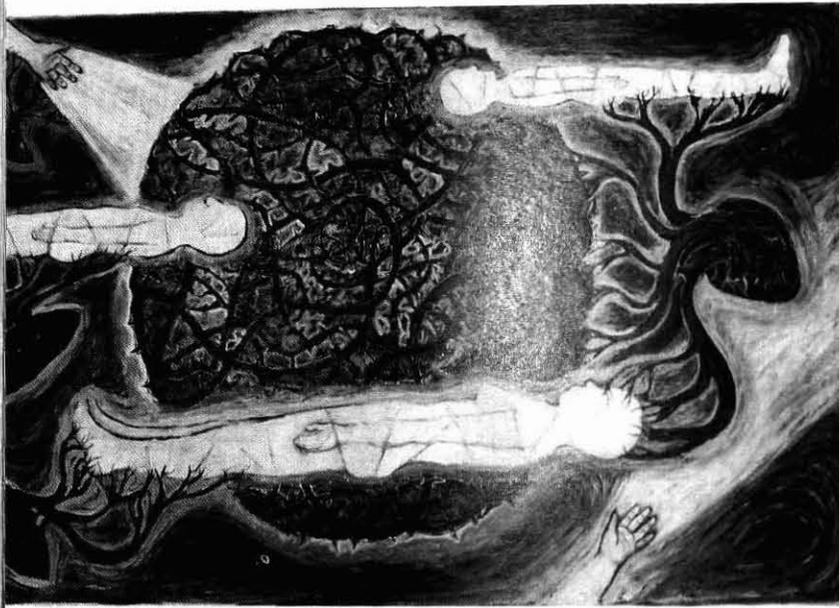
Dulce María Núñez, *La rosa*, 2000, acrílico y collage/papel, 28 x 22 cm

Los condenados al hundirse

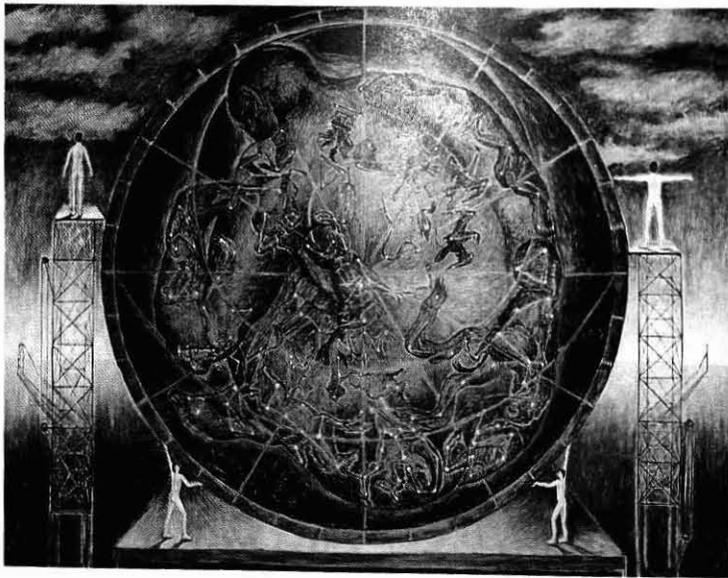
Comparamos a un hombre con un barco a la deriva,
arrancado de su anclaje con tripulación fantasma
de falsos preceptos; escorando al impacto de un iceberg.
Fue melancólico oír cómo trataba de echarnos
la culpa que bien suya era; pero no tenía
ningún don de lucidez y, en verdad,
no se repitieron peticiones tangibles de ayuda;
largo rato estuvo hablando. Quise después
escrutar el misterio de que el hombre finja así
cuando más necesita ayuda. Le habríamos
dado la nuestra... Lo he pensado desde entonces.
Mientras más elocuentes son los condenados al hundirse,
menos fuerza, parece, tenemos para salvarlos,
y rezamos porque el suyo no sea un caso titánico.



Dulce María Núñez, *Bajo el volcán*, 2000, acrílico y tinta/papel, 28 x 22 cm



Laura Quintanilla, *Configuración del subconsciente*, 1999, encausto y chapopote/madera, 70 x 90 cm



Laura Quintanilla, *La noche*, 1999, encausto y chapopote/tela, 150 x 180 cm

Hombres con abrigos zarandeados

Nuestras vidas no lloradas
son caóticos cigarros
que en un día borrascoso
encendemos contra el viento
en el hueco de la mano
luego se queman tan hondo
como deudas no saldadas
y se fuman tan aprisa
que más se tarda encender
otra vida que pudiera
consumirse más parejo
y al fin no saben a nada
y por lo común se tiran.

Muerte de un oaxaqueño

Tanta es la pena de Dios
en la planicie de cactus
que lo oí llorar ahí
para guiarme hasta el lugar
donde habían matado al peón
Tanta es la pena de Dios
en el aire envenenado
entre las doce y la lluvia
que lo oí llorar ahí
y su angustia lacerante
buscó asilo en mi cerebro
Tanta es la pena de Dios
que pudo hacerse un cubil
en tan vano miserable
Yo lo oí llorar ahí
Oh mayor que nuestra parte
que el desierto en Nueva España
Tanta es la pena de Dios
que lo oí llorar ahí...

Felipe Posadas, *Lowry IV*, 2000, técnica mixta/papel, 28 x 21.5 cm

La sola compañía del miedo

¿Cómo empezó todo y por qué estoy aquí
ante el arco de barra con su cuarteado barniz marrón,
papagayos, mezcal, hennese, cerveza,
dos escupideras limosas, la sola compañía del miedo:
miedo a la luz, a la primavera, a la queja
de aves y autobuses que vuelan a sitios lejanos,
y los estudiantes que van a las carreras,
a las niñas que saltan con el viento en el rostro,
pero la única, la sola compañía del miedo,
miedo a la fuente que mana: y todas las flores
que conocen el sol son mis enemigas,
estas, muertas, horas?

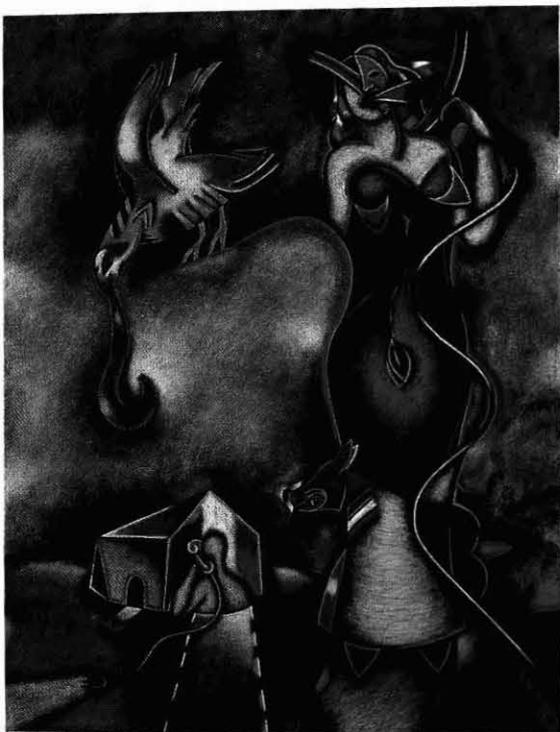
Felipe Posadas, *Lowry III*, 2000, técnica mixta/papel, 28 x 21.5 cm

Xochitepec

Los animales que nos siguen en los sueños
el alba se los traga, ¿pero qué de aquellos
que en la vida nos cazan, husmean, acechan, van
cercándola, bajunos, persiguen nuestro designio
de construcción, con formas delirantes,
símbolos de muerte, heráldicos, y sombras,
fulgurantes? Justo cuando nos íbamos de Tlalpan
nuestros gatos yacían azogados bajo el maguey;
un significado entristeció, y ahora moría, con ellos.
El mozo los arrojó medio tiosos a la barranca
donde ahora entrábamos, y que se llama infierno.
Pero no faltó un animal en nuestra última noche:
el cachorro, en el cabaret, obsceno,
dando marometas y ensuciando todo el piso,
y adhiriéndose a aquel horror
de nuestra última noche; y aún el día postrero,
mientras yo miraba helado mi copa de mezcal,
arrastraron por el hotel a dos ciervos pataleantes
y los degollaron tras la puerta del bar.

Para Bajo el volcán

Rogelio Cuéllar

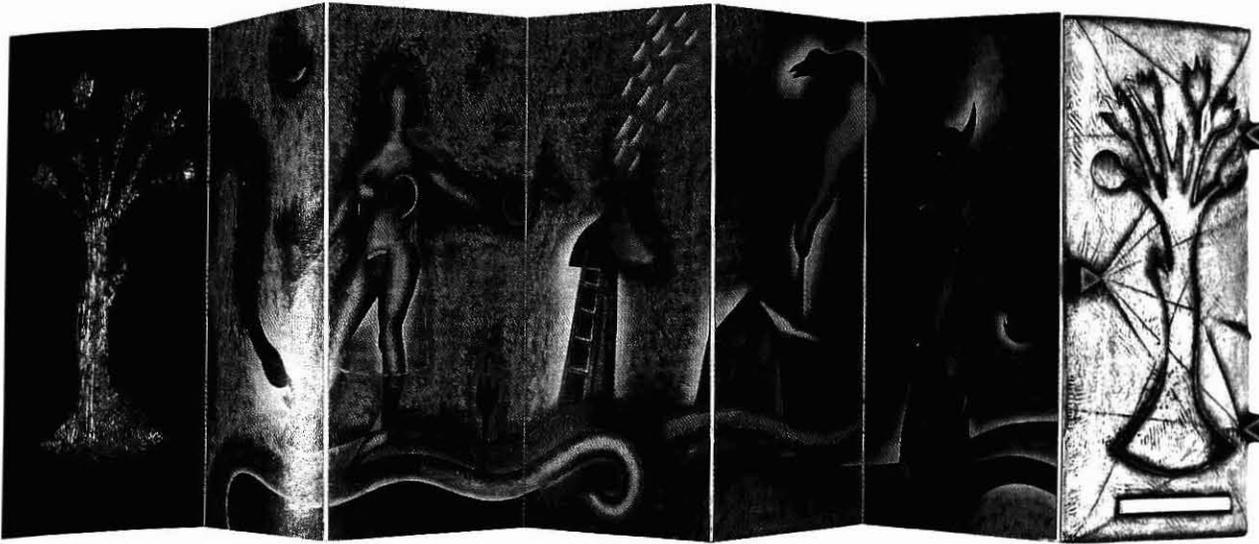


Saúl Kaminer, *Au bout du fil*, 1998, óleo/tela, 81 x 65 cm

Un limón muerto: vieja de rebozo agazapada en el frío.
 Un blanco pilón de sal y las moscas sobrevuelan
 la mesa anaranjada, lluvia, lluvia, un peón se rasca
 y una pluma rasca escribiendo palabras encorvadas.
 Guerra. Y afuera los tranvías de cuello roto
 y de pronto la imagen rota de una muchacha en Hoboken,
 una tortuga volcada agonizando en la puerta
 del restaurante de mariscos, hilos de sangre
 en su hocico y en el piso blanco:
 lista para el ternedos de mañana.
 No habrá mañana, el mañana se acabó.
 Trébol y el olor a pino y la hierba espesa,
 y el mole de guajolote e Inglaterra
 de repente, memoria del hogar, pero entonces
 los mariachis, discordantes, pues el ave picuda
 del maguey anda volando, el mesero porta
 un plato negro desbordante de emoción,
 la cara del peón es una masa corrupta.
 Descartamos la horripilación del clima
 aquí en la tierra funesta del sepultado a medias
 donde vivimos con canuto, el reloj de sol y el huachinango,
 el leproso, el rastrero, juntos en la torre verde,
 y al ocaso tocamos en la flauta mundial y la guitarra
 la canción, la canción de la eterna espera de Canuto,
 el daño de mi espera, la flauta de mi llanto,
 pretendiente del vacío que basquea y la raíz inencarnable
 y afuera la lluvia rastrera cala en el tren, cala,
 sólo la ausencia duerme ahora en mi alma
 donde pasaron tigres limonada astrosos leprosos verdes
 licores peras pimientos morrones y Leopardis embalsamados;
 y el sonido del tren y la lluvia en la sien...
 ¡Tan lejos del granero y el campo y el caminito
 esta pira de Bierce y trampolín de Hart Crane!
 La muerte tan lejos de casa y mujer
 temo. Y recé por mi vida enferma...

'Un cadáver debería transportarse por expreso', dijo el Cónsul
 misteriosamente, despertando de pronto.

Saúl Kaminer, *El sembrador de deseos*, 2000, óleo/tela, 65 x 50 cm.
 Foto: Moy Volkovich y Jacob Sadrak



Saúl Kaminer, *Adán, Eva y el Diablo*, 1999, técnica mixta, 38 x 132 cm

Cristo camina también por este distrito infernal

Debajo de Malebolge yace la calle Hastings,
provincia y recorrido del padrote,
donde cada quien en su mundito de drogas o crimen
discurre inerme o, esperanzado, mendiga una moneda
para comprar media pinta de miados,
si bien hasta en esto habrán de estafarlo.
Espero, aunque dudo, que Dios conozca
este sitio donde los chancros se abren como la rosa,
pues hay tan duro desaliento en los semblantes
que nada como una pena podría penetrar.
Y esta escena de toda excusa exenta
las montañas contemplan con absoluto desprecio,
pero esto es también Canadá, mi amigo, tuyo
para que lo absuelvas de la ruina o lo aniquiles.

Tras la publicación de *Bajo el volcán*

El éxito es como un horrible desastre
peor que tu casa en llamas y el ruido de la ruina
cuando las vigas caen una tras otra
y atestiguan, inerme, tu condenación.

La fama, como un borracho, consume la casa del alma
revelando que sólo para esto trabajaste...
Ah, nunca sufriera yo ese beso traicionero
y siguiera siempre a la sombra del fracaso y la zozobra.

Poema de la misericordia de Dios

No matará hoy Caín a Abel en nuestra buena tierra
 ni andará Adán a traspies bajo la luna amortajada
 ni rígido yacerá Ismael en la Calle 38
 con un arpón de New Bedford en el cráneo
 y el pulmón derecho en un escupidero de Hoboken.
 Pues éste es el largo día en que los perdidos se encuentran
 y aquellos que la tragedia ha separado se reúnen
 con dulce alegría. Y quienes siempre debieron hallarse
 se abrazan ya a salvo, no demasiado tarde.
 Hoy el desamparado vuelve al seno del rebaño
 y los yertos de la calle del buitre se calientan,
 el albatros aterido se asila de la tormenta,
 los torturados ya no conocerán alarma,
 pues todos en la soledumbre se ven libres de daño:
 la edad, la juventud, no se sueñan entre sí
 mientras caza el buen Loki dragones bajo tierra.
 La vida escucha nuestra plegaria por el estibador de guardia
 que tiembla, solitario, en la húmeda escotilla
 de noche, por el marino a flote frente a la costa lejana,
 el soldado empalado en la explosión o en el granizo,
 los tripulantes de la barca sentenciada que corre al ocaso
 con negro velamen; por las madres presas de la angustia,
 y por cada uno de todos los malditos y los oprimidos,
 recomenzará el Pentecostés.
 Ah, poetas de la misericordia de Dios, heraldos del vendaval,
 hoy os digo que el cordero vuelve a casa, y Gógol
 lo arroja en un capote de lana...
 ¡Nuestra ciudad de noche atroz florecerá una mañana de mar!
 Sólo tenednos paciencia, tolerad mi canción,
 que al alba es el recuento. Y esta última noche es larga.

Epitafio

Malcolm Lowry
 vecino del Bowery
 Su prosa era florida
 y a menudo enardecida
 Vivió de noche y bebió de día
 y murió tocando el ukelele.

SELECCIÓN Y VERSIONES DE JUAN TOVAR

Rubén Rosas, *La muerte danza*, 2000, plato de cerámica, 30.5 cm øRubén Rosas, *Las entrañas de la tierra*, 2000, plato de cerámica, 30.5 cm ø